

COSTA BRAVA

Por
**PABLO
CORBALAN**

INVIERNO

Millares de visitantes extranjeros pasan cada verano por la Costa Brava. La bellísima región costera ha experimentado una prosperidad turística que la sitúa entre los grandes centros veraniegos del mundo.

Pero, ¿qué sucede cuando el telón del invierno cae sobre ella y se produce la desbandada de los visitantes? Entonces la tranquilidad, la paz y el silencio se apoderan del escenario que había acogido a la multitud cosmopolita.

Las playas quedan desiertas, se cierran los hoteles, los restaurantes, las «boites», pero se inicia, por otra parte, el trabajo de los constructores. Millares de peones y albañiles mueven las grúas, levantan los andamios para crear nuevos apartamentos, más «bungalows» y más hoteles para los futuros huéspedes. Y al margen del frenesí estival y de la soledad invernal, los pescadores siguen su faena...



«Y ahora recorria la carretera —En principio, lo que se dice de las carreteras españolas es exactamente ciertos— hacia el lugar elegido...». J. Manegat. «Spanish show».

HABIAMOS dejado atrás Barcelona en aquella mañana lluviosa y gris, y por la carretera, de cara, venía la larga caravana de los camiones, como grandes barcazas, como cetáceos rojos, azules o amarillos, runrunnantes y monótonos. De cuando en cuando nos pasaba la jauría de los «600», que se pitaban entre sí, apresurados, y a los «600» los dejaban atrás los grandes automóviles, poderosos y veloces. A nuestra derecha, asomándose entre montículos, el mar se empinaba y aparecía turbio y verdoso, sin brillo, apenas rizado por algún filo de espumas. A la izquierda, eran los chalets, alguna fábrica, un garaje, los estrechos edificios de dos o tres plantas, con sus ventanas pintadas de verde, sus zócalos azules o rosa y, a lo mejor, con un jardinillo al lado en el que cabeceaban las palmeras azotadas por la lluvia menuda. El cielo plomoso se aplastaba sobre las casas y sobre el lomo de las montañas del fondo.

Dejamos atrás pueblo tras pueblo, alineados sin solución de continuidad. El coche rodaba sobre el asfalto brillante. Ahora, el campo, de tierra morena, cubierto de coles y matas de pimientos. Ahora, el monte, apretado de pinos y de carrasces. Seguía lloviendo, pero sin violencia, con la placidez de lo que va camino de extinguirse. La marabunta de los camiones había cesado y sólo nos cruzábamos con algún que otro automóvil que descendía o que marchaba hacia arriba. Olfía a mar y a tierra mojada. Remontamos una loma, la carretera se curvaba **SIGUE**



El turista había sufrido una avería grave, pero no se tomó el trabajo de repararla y el coche quedó abandonado en cualquier cuneta hasta que los chicos se apoderaron de él. Abajo, dos viejos pescadores, ahora dueños de lo que durante el verano invadió el turismo, toman el sol tranquilamente junto al «dancing».



hacia poniente y, de pronto, nos encontramos frente a un cartel —«Blanes, Costa Brava»— y un indicador en forma de flecha: «Lloret de Mar, 6».

la desbandada

«Chavala, todo esto significa que un puñado de esos dólares ha de venir a este bolsillo. Tú has de verlos. J. M. (Op. cit.)

En Blanes, como era día festivo y la temperatura no era para quedarse en casa, las gentes se habían echado a la calle con los trajes nuevos y el comercio estaba cerrado. En una plaza, en la que desemboca la calle principal, habían instalado un puesto petitorio para recoger dinero para las escuelas públicas. La misa mayor había terminado y se veía a las parejas de novios entrar y salir de los bares y las pastelerías. Blanes es una ciudad amable, blanca y limpia y se le considera la puerta de la Costa Brava, según se viene de Barcelona. Se le ve próspera y expansiva y sus gentes son risueñas y acogedoras.

Entramos en un bar y el fotógrafo y yo ligamos con el dueño, que era un tipo rechoncho y colorado, locuaz y generoso. De buenas a primeras nos invitó a vermut con almejas y nos preguntó que si íbamos de excursión, y se puso a hablar todo cuanto pudo.

—Aquí siempre lo hemos pasado bien porque los indios se trajeron sus ahorros y los invirtieron en industrias y comercios. Aquello fue lo que hizo subir el nivel de vida del pueblo. Luego, las cosas se sosegaron y después vino esto del turismo...

La prosperidad es una característica de todos los lugares de la Costa, aunque no en todas partes proceda de los indios, sino, como decía el dueño del bar, de los turistas. Cada año saltan los Pirineos millares de ellos y se desparraman por estos pueblos dejando, a lo largo del verano, millones de pesetas en francos y en dólares, en marcos y en coronas. El turismo ha transformado las condiciones de vida, ha impuesto otros estilos que prevalecen sobre los tradicionales, ha hecho derivar el rumbo de las gentes y lo ha removido todo. Los pescadores jóvenes se han eclipsado o sólo ejercen el oficio como una ayuda y durante el invierno, cuando no hay que dedicarse a los huéspedes, que ahora son la pesca mayor, y los campesinos, por su parte, también consideran el campo como algo accesorio, porque los extranjeros producen más.

En Blanes la nueva situación no ha ejercido una influencia decisiva porque allí la industria sigue siendo fuerte, pero en otros lugares donde no la había o era débil, la sensación de que todo está turistificado es casi dolorosa. Conforme se va subiendo hacia Francia, en estos días de invierno, la soledad en los pueblos y en las playas se acentúa, y a fuerza de tanta soledad uno llega a sentirse angustiado. ¿Es que habrán evacuado estas casas, este pueblo?, se pregunta uno. El invierno cae en la Costa Brava como un telón de plomo, sellando puertas y ventanas, cerrando bares y comercios, clausurando hoteles. Es como si acabase la gran revista musical del verano, el gigantesco «spanish show» del mes de agosto con sus manadas de franceses y nórdicos, de ingleses y de alemanes, con la legión de camareros, servidores y flamencos y el enjambre de vendedores de todas clases y de gentes que se ganan la vida a la sombra de las divisas extranjeras como pueden, lícita o ilícitamente.

—En cuanto llega el mes de septiembre —decía el dueño del bar— comienza la desbandada; los turistas hacen sus maletas, las echan en los coches y arrian hacia el Norte, camino de sus nidos, bien tostados y quemados por el sol, hartos de vino tinto y saturados de canto y baile. Las agencias de viaje cierran, los hoteles se vacían y de las playas desaparece la carne humana. El «Water-ski School» de Lloret despide al último cliente, y en el hotel de la Gavina, de S'Agaró, comienza una nueva temporada a base de dependencia reducida. En Tossa, hace sólo ocho días no quedaba abierto más que un restaurante, y en San Feliu, el fotógrafo y yo nos hospedamos en el único hotel, de los ochenta y tres existentes, que seguía funcionando. En esta ciudad, que acoge a unos once mil vecinos, la población pesa en el mes de agosto

Aquí se tostaban al sol, junto a las barcas, las bellas o feas, las gordas o flacas turistas extranjeras. Ahora, ese perrillo es el dueño del paraíso.

a cuarenta mil almas, y en la misma proporción aumenta la población en las demás ciudades de la Costa, y en algunas todavía más. En Playa de Aro, por ejemplo, los setecientos habitantes se convierten en verano en quince mil. Pero, en invierno, todo lo que había sido gigantesco hormiguero se ciega y se consume. Entonces llegan el silencio y la calma, que se expande por todo, y hasta la soledad, que ahora tiembla bajo la lluvia.

—Ahora, en esta época, ya ve usted lo que sucede —dice el hombre del bar—. Pero venga este verano y no encontrará una habitación donde dormir. Todo lleno, las calles, las salas de fiesta, los bares, los restaurantes. Se alquila lo que se quiere y se vende lo que uno se propone. Con lo del verano vivimos todo el año.

el nuevo lenguaje

«Al principio no fueron muchos los que se dieron cuenta: "Bah, cuatro extranjeros que vienen a ver una corrida de toros"». J. M. (Op. cit.)

Aquí comenzó todo allá por el 49, que fue un año igual que tantos otros, pero entonces a los veraneantes habituales se les unieron unos cuantos extranjeros. Aquí, en verano, no venían más que las familias de siempre, en su mayoría de Barcelona y de los alrededores, y algunas gentes de Madrid. Pero los extranjeros aquellos fueron como las cigüeñas que anuncian el buen tiempo, o las golondrinas. Aparecieron en Rosas, en La Escala, en Palamós, en San Feliu... Poco a poco fueron bajando hasta Tossa, Lloret y Blanes, y en años sucesivos se derramaron hasta más abajo. Después, fue la riera, la invasión. Al principio, y sin renegar de eso que se llama la tradición española, los acogieron con cierto recelo. A los de la Costa les cargaba su lenguaje extraño, que no entendían, sus manías y la fea costumbre de desnudarse en cualquier parte. Las mujeres, sobre todo, no los tragaban al ver a ellas tan ligeritas de todo y a ellos despe-

chugados y con los calzones cortos, mostrando las piernas velludas. Pero también se dieron cuenta de que traían la cartera repleta y de que no les importaba gastarse lo que fuera con tal de pasarlo bien. Los primeros extranjeros fueron como las golondrinas. ¡Buen tiempo! Y los que andaban alerta del negocio empezaron a hacerse con ellos. Poco a poco fueron creándose hoteles, bares, se inauguraban las primeras «boites» y se abrieron comercios de «souvenirs». Vinieron después los edificios de apartamentos y todo el mundo se dispuso a colaborar en la política nacional del turismo. Por fin, llegó el «boom», y como por explosión surgieron los complejos urbanísticos con grandes piscinas y supermercados, los «campings», los clubs, las salas de espectáculos. Fue como una ola inmensa que iba anegándolo todo. Y un nuevo idioma empezó a florecer en los vitrinas, sobre las puertas, en enormes o pequeños carteles, por todas partes. El verano y los extranjeros trafa Jauja para repartirla, pero también su lenguaje. El campesino aprendió a pronunciar «change, exchange, wechel», y aprendió a beber «gin-tonic»; el pescador alquilaba «chambres, zimmer, rooms»; la sencilla mujer ya no iba a la farmacia, sino a la «apotheko, chemist». El tablado se convirtió en un «night club flamenco» y las tabernas comenzaron a llamarse «Copacabana», «Mugambo», «Pligalle», aunque para ello sus dueños tuvieron que raspar las paredes, poner a flor la piedra, colgar unas palmeras de plástico o pintar en los muros mujeres de danza apache. La placidez, la tranquilidad, el prestigio literario y pictórico de la Costa Brava se convirtieron en un espectáculo babélico y en una explosión de cosmopolitismo, y sobre las calles se extendió el guirigay.

Después de que los veranos empezaron a ser así, los inviernos —me dicen— son más tristes, porque antes el cambio no se efectuaba con la brusquedad de ahora. Antes se pasaba de agosto a noviembre como al «ralentí», suave y sosedadamente. Todo lo que sucedía era que las familias se marchaban y que el sol calentaba menos y a

veces llovía y soplaban el viento. Ahora es como si de pronto se vaciara un estadio y cayera la soledad y la melancolía. Y esta impresión se acentúa más porque quedan los letreros en inglés, en francés o en alemán, destefidos y borrosos, sobre los locales cerrados, con las vidrieras pintarrajeadas de blanco de España o chapadas con grandes láminas de tablex. Pasar en invierno por estas playas de la Costa y por ciertas calles y plazas de estos pueblos maravillosos es como cruzar por un vacío salón donde se ha celebrado un carnaval. Queda ese triste letrado de «Have your tea. Dancing» bajo el cual toman el sol dos viejos y retirados pescadores que se cuentan sus penas en lengua vernácula.

andamios y grúas

«... y se ultimaban los planos y proyectos para construir, asociado a otros cuatro hoteleros, un complejo urbanístico en las afueras de la villa...». J. M. (Op. cit.)

En Cadaqués pasan de dos mil habitantes en verano a doce mil. En Palamós, de siete mil a veinte mil. Hay que sumar estas cifras a las que anoté más arriba, y todas a las que se pueden obtener en otras ciudades en las que se me olvidó preguntar, y por la suma total se podrá obtener una idea de la cantidad de veraneantes que invaden la Costa Brava cada año. Luego, hay que tener en cuenta que sólo el diez por ciento de ellos son españoles. Y como la ola no decrece, hay que construir para ellos más hoteles, más apartamentos, más «bungalows», y así, al recorrer ahora esta parte del litoral, uno se asombra ante la actividad de las inmobiliarias. En Rosas se vende todo el campo para chalets y hotelitos, y las casas ascienden montaña arriba, entre los olivos y las hojas de pizarra. En Cadaqués, los pescadores venden sus hogares a los pintores extranjeros, que los restauran, les ponen cortinas y mesas antiguas y los convierten en «living-rooms». En cada callejita, ser-

SIGUE

pendiente y empinada, trabajan los albañiles y son las únicas personas que trabajan. Yendo carretera adelante, de pronto, entre los pinos, se yerguen los rascacielos de los apartamentos o las colonias de «bungalows». Cuando pasamos por Ampurias, cuatro o cinco hombres se dedicaban a restaurar los muros del templo de Júpiter Serapis, y pensamos si no estarían haciendo también más chalets. Pero donde la fiebre constructora parece más activa es en Playa de Aro, donde prácticamente se está construyendo una ciudad.

Antes, todo eran allí pinares que se extendían hasta el mismo límite del mar, y junto a los pinos alguna que otra vivienda humilde y tejavana. El fotógrafo y yo nos fuimos a merodear por la playa y por entre los edificios en construcción. Hablamos con algunos obreros y subimos, entre ladrillos y montones de yeso y de cemento, hasta los últimos andamios. Allí estaban los fundidores, con sus sopletes de oxígeno y sus cascos azules, sus guantes de amianto y sus gafas protectoras, soldando vigas de hierro. Desde lo alto el panorama era californiano: laderas verdes, mar azul, bloques residenciales y piñas de pequeñas villas de colores. Catorce grandes grúas avanzaban el trabajo en un sesenta por ciento en diversas construcciones. En Playa de Aro trabajan quizá más de tres mil obreros, que han venido de todas partes, pero especialmente de la Andalucía que no es de ellos y de las zonas esparteras de Murcia. Los hay también gallegos y extremeños, y el peonaje, por término medio, gana en ocho horas de trabajo alrededor de las ciento setenta pesetas diarias. En Playa de Aro, el tópic de la soledad que venía oprimiéndonos se deshizo como por ensalmo, porque allí el hormiguero humano bullía de verdad y contemplando aquella actividad babélica uno pensaba en los versos de Bertolt Brecht: «¿Quién construyó Tebas, la de las siete puertas? En los libros figuraron los nombres de los reyes. ¿Arrastraron los reyes los grandes bloques de piedra?».

Bueno; se está construyendo un edificio que tendrá veintitrés pisos y existe el proyecto de un telesilla que irá desde un bloque residencial, junto a la playa, hasta una montaña próxima, que cierra el horizonte por el Oeste, y desde allí a otro bloque rodeado de jardines, piscinas y comercios. Todo esto cuesta un dineral, claro está, pero los millones producen millones y las cuentas están echadas. Hay tres mil apartamentos en construcción y por término medio cada uno cuesta unas setecientas mil pesetas. Con él entregan algunos muebles y ropas de cama y mesa. Un encargado de obras, que se hizo nuestro amigo y nos enseñó las viviendas, nos dijo que entre San Feliu y Palamós estaban construyendo siete mil apartamentos más. Nos leyó un recorte de periódico que llevaba en el bolsillo, ya muy manoseado y mugriento, como si constituyera la explicación de un misterio: «Los Ingresos turísticos para 1967 se elevarán a unos mil sesenta millones de dólares, lo que supone la recepción de diecisiete millones de visitantes». Por la Costa Brava pasarán algunos. Nos hallábamos junto a un enorme cartel de madera, sostenido por dos fuertes pivotes, que decía, «Apartamentos. To Let. A Lover. Zu vermeiten».

Los fieles pescadores

«¿Tú piensas que yo no sé que lo mío ni es arte ni es nada? En los olivares estaba hasta que empezó el turismo». J. M. (Op. cit.)

En Palamós, un vendedor de aparejos marinos para turistas —pequeñas redes para colgar, boyas de vidrio, linternas, etc.— se nos quejaba con gesto inocente:

—¡Qué cortos son los veranos! Si duraran más...

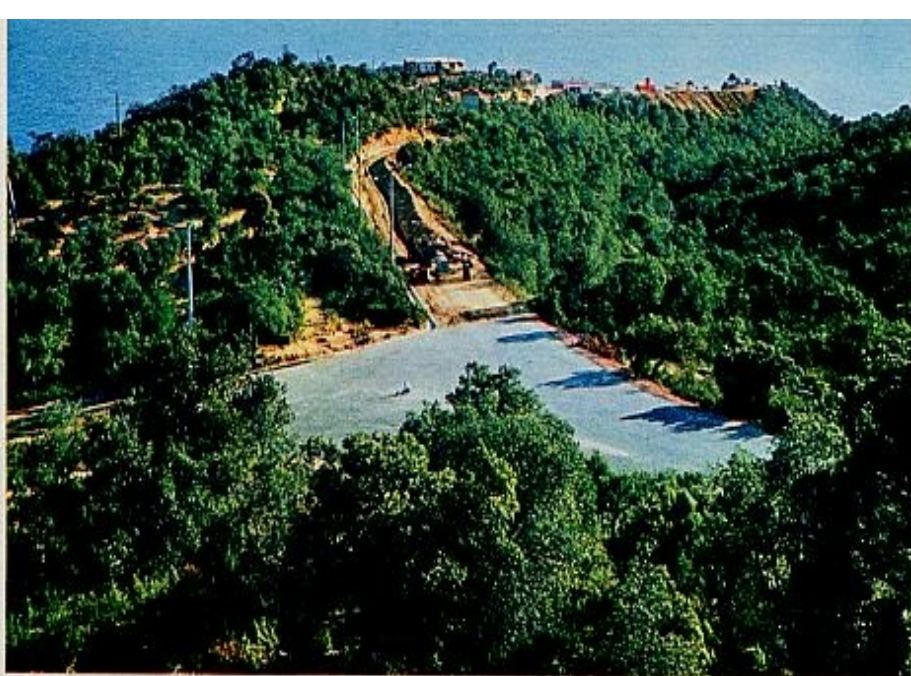
Quería decir el hombre que veranos como los que le estaban cayendo debían durar doce meses. Palamós tiene el premio nacional de turismo, y así se le hace saber al visitante a la entrada de la ciudad por medio de un muy esmerado aviso. En Cadaqués, en una de aquellas callecitas estrechas como pasillos, hablamos con una vieja la mar de espabilada y ágil, que seguía nuestro mismo camino.

—¿Dónde se puede comer por aquí, buena mujer?

La vieja se volvió parpadeando. Llevaba un pequeño bulto de tela colgado al brazo.

—¿Comer? Ahora es difícil que encuentren ustedes un restaurante. ¡Si fuera en

SIGUE

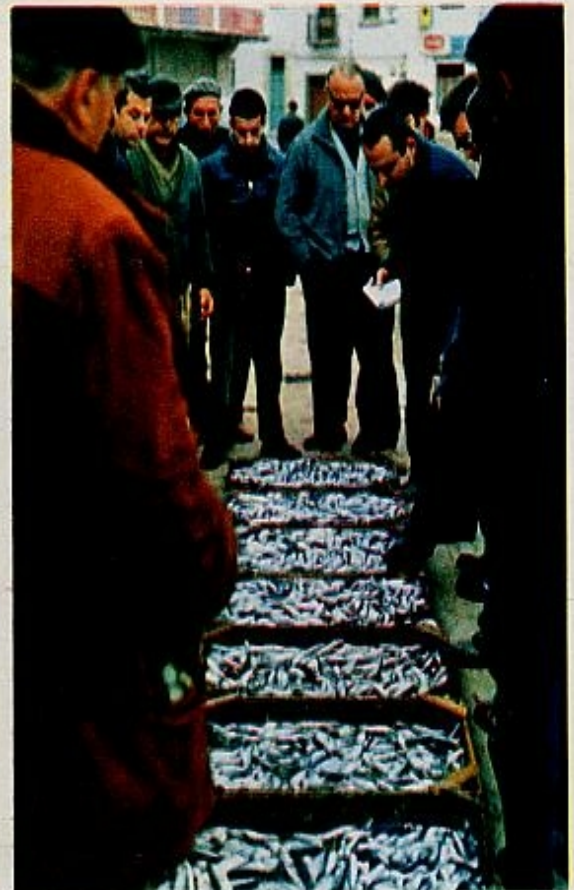


Sobre el verde paisaje de la Costa Brava ahora, en invierno, se construye febrilmente. Nuevas carreteras aparecen entre los pinos y también más rascacielos, más «bungalows», más chalet, más hoteles y bares.





Las elegantes playas, como la de Tossa (arriba), aparecen desiertas y sólo los pescadores las frecuentan, con sus barcas y redes. En los pequeños puertos no se detiene la actividad de la gente de mar que, como en La Escala (abajo, a la derecha) acuden cada día a subastar el copo. Y no todo es brillo y lujo en la Costa Brava. El pintoresquismo asoma de cuando en cuando con su similitud de la miseria, como puede verse en la foto que aparece abajo, a la izquierda.



verano...! Ahora todo está cerrado. Aquí vivimos todos del turismo. Yo voy ahora a ver si cojo unas pocas olivas para aderezarlas, ¿sabe? Arreglar el olivar me costaría unas tres mil pesetas y no merece la pena. Ahí lo tenemos sin hacerle caso. Sólo sirve para las olivas del aderezo. Mis hijos no se ocupan de él. Tengo un chico que trabaja en un garaje y otros dos son albañiles y no quieren ir al campo. En el verano el turismo deja para todos y las muchachas se van de camareras o de criadas a los bares y a los restaurantes. Yo voy ahora a mis olivas... Y no sé dónde podrán comer ustedes. A lo mejor ahí, subiendo por esa esquina.

En San Feliú, en la playa, sentado en una viga de madera, al caer del malecón, había un viejo leyendo un libro. Me acerqué a él para rogarle que me indicara por dónde caía el Ayuntamiento. El libro que tenía entre manos era un manual de inglés. El hombre se preparaba para la próxima temporada.

—Yo es que me dedico a llevar turistas a las buías y a la Porta Ferrada que es un monumento que tenemos aquí hecho por los moros, bueno, es mozárabe.

Detrás del viejo, en el paseo Marítimo, unos niños jugaban en un pequeño parque con columpios y toboganes metálicos. Tres mujeres conversaban sentadas en un banco y las mujeres y los niños eran los únicos seres que a las doce de una mañana luminosa y limpia se velan por allí, además del viejo estudiante. Del otro lado, en la playa, saltaban sobre la arena dos podencos, macho y hembra, enamorados, sin que nadie pudiera estorbarles. Sólo allí en el extremo norte de la bahía, entre barcas de todos los colores y las redes, se veía maniobrar a tres o cuatro pescadores.

En la costa, la actividad durante el invierno, dejando aparte las industrias, siempre situadas tierra adentro, corre a cargo de albañiles y pescadores. Se ven muy pocos campesinos y éstos siempre son personas que ya han rebasado la cincuenta, como les sucede a los pescadores en su mayoría. Los jóvenes se han enrolado en la construcción y ya se sabe qué desarrollo ha alcanzado este oficio. En Playa de Aro, donde son tantos, en los pocos restaurantes abiertos y que viven ahora de los albañiles, se encontraba uno anuncios como éste: «Operarios. Pensión completa. Precios económicos». Los pescadores no van a comer fuera, sino a sus casas, que las tienen allí mismo. Estuvimos con ellos en La Escala y en Palamós, que son puertos pequeros de cierta importancia, sobre todo este último, y vimos llegar las barcas y descargarlas y asistimos a la subasta, que en Palamós lleva consigo mucho trajín. Los pescadores me parecieron de una fidelidad al oficio a prueba de todas las tentaciones. Si la gente del campo deserta del cultivo y vende las tierras a las inmobiliarias y deja perder los olivos, los pescadores, a pesar de que el mar no da para mucho y requiere faenas penosas, siguen al pie del cañón, con sus redes y sus barcas. Si los demás abandonan lo que saben hacer y se dedican a lo que tienen que empezar por aprender, que es la caza del turista y la atención a sus gustos y a sus vicios, a ellos no les importa la riera extranjera y en verano y en invierno siguen pescando. Otro sector que no se cruza de manos cuando se van los forasteros son los obreros de obras públicas, ocupados en reparar las carreteras que la marabunta de los automóviles y los camiones destrozan en el verano. Así, al pasar, lo que se le queda a uno de la actividad en la Costa, sin hablar del pequeño comercio o de alguna que otra fábrica, son esos obreros, los del camino y los de la construcción, y los pescadores anchos y recios, con sus gorros de punto y sus botas de agua. Viéndoles en la descarga, en el puerto de Palamós, tarea en la que intervienen los que han ido y los que les esperan, uno recordaba la larga y densa soledad de la playa de Lloret y el silencio soleado de la elegante S'Agaró o el muelle desierto de Cadaqués, con aquel quiosquillo casi abandonado, y la melancolía de las casas cerradas de Tossa. Era la cara y cruz del invierno en la Costa Brava.

la parrilla y la fiambra

«Había comido con buen apetito, con el apetito de los recién llegados, de los que cumplen una de sus máximas ilusiones...» J. M. (Op. cit.)

En Lloret comimos en un «snak-bar», porque fue lo único que encontramos sin buscar demasiado. Una muchacha rolliza y sonriente nos sirvió una parrillada de pescado verdaderamente succulenta. En aquel «snak-bar» habíamos caldo bien y nos atendieron con mucha amabilidad. Uno pensaba que con aquello de que la «temporada» quedaba lejos también se habría esfumado la cocina, pero no fue así. Ante la bandeja del pescado humeante, el título de «snak-bar» no se comprendía del todo, pero era lo mismo y tampoco nos sentimos obligados a pedir explicaciones.

En la Costa Brava cada uno come como puede o como se lo permite el bolsillo. Y si ahora en invierno no se pueden pedir peras al olmo, en los pocos restaurantes que se encuentran abiertos la solución exquisita del pescado se ofrece siempre. La otra solución son las butifarras con frijoles y el cerdo. No había mucha variedad de platos y era de suponer, pero un cocinero con el que hicimos amistad nos habló de la carta de un restaurante de Tossa y de otra de un hotel de S'Agaró. Fue una explicación como de relato oriental que nos hizo relamernos pero que también nos dio una

idea de la altura gastronómica que el verano ofrece aquí al turismo. Ahora, ya se sabe, no puede ser lo mismo. Ahora no llegan los extranjeros que pagan y para los escasísimos visitantes la cocina empírica basta.

En playa de Aro fuimos a parar a un restaurante frecuentado por obreros, todos ellos gente joven, hombres no mayores de treinta años, que comían como para tener que trabajar ocho horas, y a veces más, en el andamio. Eran cuatro o cinco y con nosotros, los únicos clientes del establecimiento. En Lloret y en todos los lugares donde estuvimos —en Cadaqués estábamos solos mi compañero y yo—, nunca logramos hallar una compañía mayor. La soledad, más o menos relativa, nos fue siguiendo siempre. Aquellos obreros estaban festejando algo y lo hicieron a base de una paella que parecía un cuadro flamenco de comedor, abigarrado y optimista. Sus compañeros —los vimos al día siguiente—, y ellos mismos de ordinario, la comida la hacían al pie del tajo, en la fiambra clásica, pero no era escasa la cantidad y tampoco había que decir nada de la calidad, porque el jornal daba para ello. Si se recurría a la fiambra era por premuras del trabajo y porque, claro está, no habían ido hasta allí los murcianos y los andaluces para competir en gastos con el gran turismo, sino para conseguir unos ahorros y mandarlos a las familias que no residen, ciertamente, en la Costa Brava ni en hoteles de postín.

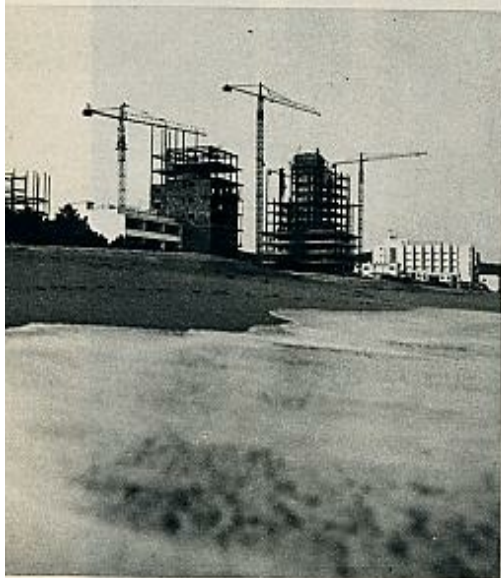
Cuando se va a algún sitio extraño hay que ver comer a la gente para no equivocarse en las apreciaciones, y hay que examinar también los precios de lo que cuestan los alimentos. Nuestra parrillada era una gran cosa, pero también la factura fue respetable. Los hoteles podrán tener cartas extensas como partituras y estar llenas de nombres apetitosos, pero los pescadores de Palamós y de La Escala, que no llevan dietas de la empresa y ni siquiera ganan lo que los albañiles, no pueden pasar, o pasan muy extraordinariamente, del pescado que dejan de vender. En lugares como éstos, donde hay rascacielos y barcazas, es donde las diferencias sociales se ponen más a la vista y la vista ve que no todo lo que reluce es oro y que el pintoresquismo, por ejemplo, se aproxima casi siempre a la miseria. Los rascacielos y sus habitantes no suelen ser nada pintorescos.

la protagonista

«La siguió con la mirada hasta que la extranjera cruzó la calle y se perdió en la esquina.» J. M. (Op. cit.)

Andábamos, sin rumbo, por Cadaqués. Mi compañero, según se le antojaba que la luz aumentaba o se oscurecía y según hallaba algún enfoque foto-

En Cadaqués la población pasa en verano de dos mil habitantes a doce mil. ¿Quién la reconocería ahora, desierta y silenciosa? Abajo, las nuevas construcciones en





Playa de Aro, la actividad reparadora en las carreteras durante el invierno, el restaurante vacío y el labrador indiferente. Visiones de la Costa Brava en enero.



génico, disparaba su cámara de cuando en cuando. En el muelle más estrecho había un pescador remendando redes y fuimos hasta él para fotografiarlo. Unos metros más allá se detuvo un coche con matrícula francesa y de él descendió una rubia esbelta y guapa, con un gran chaquetón de gamuza y en pantalones. Era un tipo, digamos, de gran carrocería y nos hizo silbar con entusiasmo. Era la primera extranjera con que nos tropezamos después de cuatro días de andar de un sitio para otro por la Costa Brava, la primera turista y fue también la única, aunque vimos, por las carreteras, varios coches suizos, ingleses y franceses. «Aquí está la protagonista del paraíso», pensé. La rubia se echó al hombro la correa de una cartera y desapareció por una bocacalle, más allá del surtidor de gasolina cerrado por falta de clientes.

La Costa Brava tiene su leyenda erótica, como todos los lugares donde se cruzan y conviven hombres y mujeres con pasaportes distintos y por poco tiempo. La leyenda de Tossa, de Lloret, de San Feliu o de Palamós es idéntica a la de Torremolinos o Marbella, o a la de Capri y Saint-Tropez; leyenda

en torno a gentes cosmopolitas y adineradas. Estoy refiriéndome al verano. Esta leyenda, con su vertiente de verdad, está muy bien recogida en la novela de Manegat «Spanish show», que es el libro que hay que leer para saber cómo es todo esto en los meses en que aprieta el calor. Las leyendas proceden casi siempre de una realidad, aunque la exageren o la sublimicen, y cuando uno, un poco ingenuamente, ha querido informarse sólo ha podido obtener sonrisillas evasivas y pequeñas anécdotas. Si uno tiene que hablar de lo que ha visto tendrá que confesar que en el mes de enero la austeridad reina en toda la Costa y que, a pesar de su candidez, no se le ocurrió en ningún momento llegar a la barra de un bar y preguntar al camarero casi con saña, como hizo aquel exaltado viajante de comercio en San Feliu:

—Oiga usted, ¿y dónde están las suecas?

Aquella misma noche emprendimos el viaje de regreso. De nuevo la caravana de los camiones y de los «600» y, como a la llegada, llovía.

P. C.

(Reportaje gráfico en color y en negro de Sánchez Martínez)